

Elogio del flamenco

Si Castilla tiene el misticismo, Andalucía tiene el flamenco, que es también una mística *sui generis*, del cuerpo, genuina y primordial expresión de su antropología. El misticismo es fruto de una espiritual agonía interior. El flamenco brota de una agonía existencial, con un contenido a su vez lleno de la idea de Dios, secreta o patente. (Hablo ahora del canto; más tarde lo haré del baile.) Castilla en el crisol de fuego de su agonía se remonta en éxtasis a las regiones celestiales del espíritu. No sólo no podría cantar, mas ni siquiera pensar que cabe cantar a causa de esta agonía. Entra en la idiosincrasia de Andalucía el cantar al mismo tiempo que su existencia se tensa vibrante, gimiente, a la manera de un cuerda, por encima de la adversa realidad. Castilla sobrepasa lo terreno con su misticismo, lo transforma, lo somete bajo su imperio. Andalucía, con el flamenco, se evade de lo terreno,

por pura y simple evasión: el flamenco es la puerta de escape de su libertad, por la que se evade del lazo del dolor que le tendió la vida.

Existe en el flamenco, en la música y en la letra, una terrible vibración, expresión fiel de la turbación producida por el quehacer de la vida en su orden interior y en su equilibrio. «Quien canta, su mal espanta». A través del cante flamenco se verifica una original catarsis existencial, una descarga y un retorno al mundo de la armonía. Una reconciliación con la vida. Pero ¿de qué índole? No una reconciliación a través del olvido, sino, al contrario, a través del recuerdo, de la añoranza, de la reviviscencia de las penas. «Por esto—dice José María Pemán—el canto debe avanzar lentamente, de manera que llegue a enloquecernos, penetrando en nosotros poco a poco como un clavo.»

He dicho que el flamenco nace de la angustia de la existencia. Se trata de momentos supremos de la vida, tales como la muerte, el amor, el ansia de Dios, en los que el cantante, a través de una concentración intensa y silenciosa en mí mismo consigue tomar conciencia de sus vivencias. El flamenco no es—por más que intente serlo—una manifestación estética, sino un combate existencial, combate en solitario, por lo que no le deben cantar muchos a la vez. Aquí el hombre se acusa y es juzgado a través del misterioso proceso de los sonidos. Lucha por recobrar su libertad.

Pero, ¿qué sonidos son estos, Dios mío? ¡Qué lamento de angustia, qué contracción interior, qué pasión capaz de hacerle temblar los labios y que la garganta se le agite y bulla como un pajarito por salirse de su nido! De la misma raíz de la vida se alza todo un mundo recóndito, de fuego y de rescoldo; el cuerpo aparece contraído, las manos, crispadas, los dedos, agarrotados. Al principio, son inarticulados, como si el hombre hubiera perdido el habla, como si, alelado, hubiera perdido el uso de la lengua. Y luego, los sonidos se ligan, se hacen palabra, palabra henchida de patetismo, absoluta, sin reservas, sin sombras, alumbrada por el sol terrible de

Andalucía, que le relampaguea en los labios como una poesía crujiente que nos corta el aliento: son las famosas «coplas».

*Como un pocito es la luna:
no valen nada las flores,
lo que valen son tus brazos
que me aprisionan de noche.*

La sombra luminosa de lo absoluto se proyecta sobre el cante flamenco, especialmente sobre el «cante grande» (sic), transmitiéndonos el sabor de una intensidad metafísica, un sabor punzante, trágico. El «cante chico» (sic), es más tierno, más ligero, más delicado, lleno de destellos de gracia y de poesía, como un jarrón de fina porcelana.

En los momentos supremos de su existencia, el castellano calla y medita. El andaluz, menos transcendente, canta. Pero en su canto apasionado logra encerrar todo el sentido de la vida del hombre, porque su canto obedece al imperativo de un inevitable proceso existencial y no a unas exigencias estéticas.

¿De dónde procede el flamenco? El tiempo en que ha tomado carta de ciudadanía en España es relativamente corto, unos 180 años. Pero su uso es antiguo en este antiquísimo país. Manuel de Falla encuentra en él tres orígenes: los himnos bizantinos de la primitiva Iglesia española, la influencia de la música islámica, particularmente de la arabigo-siriaca y la tradición musical de los gitanos que llegaron de la India en el siglo XIV. Pero a más de éstas existe otra fuente: la música griega antigua.

Los gitanos, que fueron considerados en un principio como los auténticos creadores del flamenco, sólo fueron, debido a su carácter misterioso y ardiente, sus conservadores. Las fuentes de este canto son desconocidas, profundas, mucho más profundas de lo que expresa la etimología del vocablo que es una contracción de las voces árabes «felag-mengu». España entera se encontró aquí a sí misma, aquí halló la pasión

misteriosa de la existencia que pena y alcanza su liberación mediante un proceso, pleno de religiosidad, sugestión y poesía, a la manera de un culto primitivo a Dios.

La letra de este cante tiene inmediatez y sabiduría; son frases lacónicas, forjadas en el corazón del pueblo y que adquieren forma idiomática en los labios de los cantaores anónimos. La música tiene diafanidad, desgarró y la autenticidad de la llama.

*Ve y preguntale a un sabio
cuál de los dos perdió más,
el que devora su pena
o el que descubre su mal.*

*El que descubre su mal
pronto sentirá consuelo;
quien se recome de pena
hizo de su misma vida
una fuente de tormento.*

Consuelo, libertad, retorno a aquel estado de equilibrio que pone concierto entre la vida y los hombres.

La guitarra y las «palmas» están íntimamente unidas con el cante flamenco. La guitarra, con el apasionamiento, con el calor, con el garbo, diría, de su voz, armoniza perfectamente con el desgarró del cantante, completa, redondea la melodía, le da relieve y ayuda a conseguir la plena atención del oyente. Instrumento de soledad reflorécido en suspiros capta todas las vibraciones del corazón y del cuerpo, las pulsaciones frénéticas de los dedos. Y haciendo coro, rítmicas y con frecuencia enardecidas de pasión, parecen que estallan las palmas de las manos, las palmadas resuenan como pequeños tambores acentuando el ritmo, el aliento del flamenco, como para clavarlo en el pecho del oyente.

Y ahora el baile. El flamenco como canto puede existir sin baile. Pero el baile es exactamente la simplificación del flamenco. Lo que hasta aquí era voz, sonido, se hace ahora

cuerpo y movimiento. ¡Y qué cuerpo y qué movimiento! Dramática poesía de la existencia, expresión total de la antropología andaluza, que es angustia y pasión humana!

La danza es la plenitud del rito primigenio y misterioso que el hombre ejecuta gracias a su libertad. La agonía encarnada en belleza perfecta. «El más antiguo y noble de los exotismos europeos», anota Andrés Levinson, y Waldo Frank lo proclama como una de las más grandes danzas clásicas que han sobrevivido.

¿Cómo se debe bailar el flamenco? «Como Dios manda», contesta la gran bailadora, Elvira Lucena. El flamenco no se aprende ni se enseña. Brota de la vida, después de un duro proceso pasional, de soledad y de agonía, que tiene lugar en lo más profundo del ser. Cuando el bailarín o la bailadora, aguijoneados por el canto, la guitarra y las palmas, como obedeciendo a un conjuro mágico, se pone de pie, se yergue, levanta los brazos temblorosos, como unas alas al viento del misterio, parece que quisieran sostener en ellas el peso del mundo entero, la pasión y el hechizo que éste puso en las cosas. El cuerpo patentiza arrogantemente su terrible poder de expresividad. Golpean los pies el suelo con frenesí, casi con odio, como si renegaran de él, o como si quisieran darle alas al cuerpo para poder remontar el vuelo. Los dedos empiezan entonces a hablar; hablan las manos, el rostro se distiende y enciende con un súbito fuego y los ojos inmóviles intentan apresar los movimientos del alma. Ondean las cabelleras femeninas y los cuerpos de los varones parecen espadas cimbreantes, los pies gimen y las manos bordan labores de randa en el aire. Las faldas se despliegan y abren cual flores exóticas, las castañuelas repiquetean en alocado delirio, ahora enmudecen diz que ahogadas por un sollozo, ahora susurran cual si cuchichearan entre sí, hasta que de nuevo salta la llamarada que arrebatata como un torbellino al bailarín, que no halla límites a su resistencia sino en el agotamiento.

Esto no es una danza, sino un rito, una orgía de vida, una praxis de libertad que Dios bendice. En la danza, el amor y

el abandono, el desengaño y el agravio, son los temas centrales. Es significativa la presencia del otro sexo. Pero no existe vulgaridad, no existe provocación. Todo es noble, puro, apasionado. Como la corriente impetuosa de un río desbordado, cuyo deber es inundar, o como el fuego o el viento.

La naturalidad de esta danza nos traslada a un ambiente existencial en que se realiza la libertad y en el que son conjurados los malos espíritus del hombre, con una gravedad imponente, con pasión de lo absoluto, con una percepción única de la transcendencia existencial. (Está quizás por estudiar e investigar si las castañuelas proceden de los crótalos de las antiguas danzantes griegas que llevaron consigo los colonizadores griegos de Andalucía.)

¡Oh noches perfumadas con el aroma de los jardines estivales, noches de Andalucía, donde el ansia de inmortalidad de Castilla se torna humana, después de contemplarlas y gozar de ellas más allá de medianoche! Tras de oír sus armonías, quedé herido y liberado por el canto y la danza del flamenco.

Patéticas bulerías, dulcísimas como panal de miel; malagueñas nostálgicas como las aguas de un surtidor: fandangos vivaces y alegres, como una fuente clara y rumorosa; seguidillas inolvidables, de perfección total, que se nos clavan en el corazón; soleares, dolientes, y ensoñadoras, juguetonas y radiantes, cartageneras que lloráis de amor, me habéis herido el alma. ¡Y vosotras, demblas y tonas, graves, profundas como voces de ultratumba, arcaicas y rituales, y vosotras, saetas—amorosos cantos de Semana Santa—, que bien pudieran ser entonados por los labios de Santa Teresa, qué estremecimientos y qué sagrado pavor pusisteis en mí, en lo más íntimo de mi corazón! Voces sombrías, voces blancas, voces como vuelo de pájaro asustado, voces del día, voces de la noche, en calma, llanto y desesperación y agonía que lleva en la frente la protección y el valimiento de Dios, no sois vosotras de esas voces que pasan y se desvanecen! Retornáis como el agua de la lluvia empapándonos los ojos y el pecho

en una llovizna de viejas lágrimas, de recuerdos y delirios,
de amores desesperados y de ternuras a Cristo y a la Señora.
Obras de la virtud humana, fruto de la pasión pura «algo que
acaricia y algo que desgarr.» (Manuel Machado.)